

Minicuentos

ROBERTO BAÑUELAS

Las ausentes

La encontró casi a la media noche, caminando por la misma acera, triste, con hambre y buscando compañía. El hombre, más desolado que ella, la rechazó con odio, arrojándole con una interjección la estupidez de su propia vida presente, sin amor, sin sentido...

Llegó a su departamento –cuarto piso de aquel edificio, húmedo y gris a todas horas– y fue directamente a la botella de ron; se sirvió medio vaso. Sentado en el borde de la cama, bebió, pensó y recordó el día en que su mujer le dijo:

“Me voy; te dejo porque estoy harta de esta miseria, de tus amigos y de sus tesis revolucionarias...” El no la detuvo y se quedó dos veces solo: como hombre y como periodista honesto, combativo y delirante. Luego recordó a la otra, la de la calle, con sus ojos suplicantes, pidiendo una oportunidad para creer en el amor humano.

Pasada una semana –como si lo estuviera esperando– la encontró en el mismo sitio. Esta vez, el hombre la observó; pensó que eran dos solitarios que se necesitaban. La llamó y comenzaron a caminar juntos.

Después de esa noche, la vida fue menos dura; su compañía era humilde y noble a la vez. Cuando él trabajaba, febril ante la máquina, ella lo miraba en silencio, agradecida. Por las mañanas salían a caminar al parque vecino. Él leía un par de horas y luego regresaban a la vivienda, donde ella quedaba sola hasta la media noche.

Un día su mujer volvió para decirle que había reflexionado, que lo amaba y que sería comprensiva en todo. La condición no tardó en llegar. “El departamento es muy chico y tenemos poco dinero; lo mejor será que regales esa perra, córrela o a ver qué haces”.

Una tarde, yendo él al trabajo, vio cómo un camión atropellaba a un perro que él reconoció. En el restaurante HABANA, los que combaten el tedio con café y humor negros, todavía dicen que la perra se suicidó.

Nuevo Régimen

En este país, todos somos reglamentariamente libres. El bienestar y la ignorancia están al alcance de la mayoría; por lo tanto, quien anhele la nociva cultura, la obtendrá por su cuenta y riesgo.

Pariente sin sol

Desde que era niño me apartaron de toda convivencia familiar. Nunca me quisieron ni me toleraron en las fiestas que organizaban para celebrar su egoísmo y alojarme en el olvido. Años después, cuando ya mis deformidades rechazaban espejos y personas, un día, por voluntad de mi excéntrico abuelo, me desperté rico y mimado. Pero apenas murió mi benefactor, todos, con la infame complicidad de un médico sin escrúpulos, me declararon loco y me recluyeron en el depósito de los muebles viejos, húmedo aposento que comparto ahora con alimañas y fantasmas.

Para atenuar el rigor de mi cautiverio, me divierto aniquilando parásitos y enseñando a mis amigos, los fantasmas de la región que me visitan, las horribles muecas que utilizarán para provocar el miedo y la muerte a mis parientes. A cambio de este servicio –que será para ellos un juego– y de mi libertad –que será mi victoria–, he prometido regalarles el sótano a título de morada perpetua.

Pasado remoto

Alguna claridad remota, que creía ver desde el fondo de su corazón, no atenuaba la angustia de sentir que caminaba hacia arriba por un túnel resbaladizo. Era su turno de sediento frente a la gota de agua que se alejaba siempre que deseaba beberla. Circundado de silencio en la pesada inquietud de un horizonte nocturno, su sangre se agitaba ruidosamente ante la presencia del dolor. Súbitamente se encontró siguiendo a una luciérnaga extraviada que también buscaba la salida de aquella torturante coincidencia en que no terminaba de morir ni de soñar la historia de su lejano nacimiento.

La infiel

Durante mucho tiempo la busqué por todos los sitios que fueron refugio de nuestra pasión. La llamé muchas veces en sueños y por teléfono. Anoche me decidí a marcar su número por última vez; pero fue el perro quien contestó: ladrando amargamente, me dijo que también a él lo había abandonado. ■